

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7175

Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 750 id.—EXTERRANERO, tres meses, 11'25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, 51 bis rue Saint-Anne

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

JUEVES 8 DE OCTUBRE 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

HECHO

HERÓICO DE NUESTRA MARINA.

La Palma de Cadix publica el siguiente hecho ocurrido el año de 1828 en la isla de Cuba, y que pasó entónces desapercibido por los escasos elementos de publicidad que existían en aquella época.

Al principiarse dicho año, y en guerra aún con Méjico, se presentó en el Archipiélago de las Antillas un bergantín insurgente de enorme porte, pues tenía casco de corbeta, con un magnífico y flamante aparejo, 22 cañones de 24 y 300 hombres de tripulación.

Este buque dió principio á su carrera pirática persiguiendo á nuestros buques mercantes, y habiendo averiguado las autoridades de la isla de Cuba por los cruceros ingleses que también surcaban por aquellos mares, que dicho buque había sido comprado á los norte-americanos, que su capitán y segundo eran de esta nación, y lo mismo la mayor parte de los tripulantes, dichas autoridades dieron cuenta muy detallada al gobierno de la metrópoli, el cual ni contestó ni se dió siquiera por entendido.

En vista de ello, dispúsose por las citadas autoridades que saliesen á convoyar á los buques de la zafra que en dirección de la Vuelta de Abajo tenían por destino, á los distintos ingenios de dichas costas, á los dos únicos barcos de guerra disponibles para todas las atenciones del Archipiélago, cuales eran el bergantín *Marte* y la goleta *Amalia*; el primero montaba cuatro cañones de bronce de á 12 y 6 carronadas del mismo calibre, y la segunda, ó sea la goleta *Amalia*, 4 carronadas y un cañón de á 24 montado en coliza.

El 6 de febrero salieron de aquel puerto los expresados buques de guerra custodiando en conserva á 46 goletas costaneras hasta sus respectivos destinos, debiendo quedar los de guerra custodiando la costa para que tuviesen los mercantes expedito el camino de su regreso.

El bergantín *Marte* lo mandaba el teniente de navío de primera D. Juan de los Ríos, y la *Amalia* el de igual clase D. José Solé.

En la mañana del nueve se supo en la Habana que aquella madrugada había llegado un soldado de marina á revienta caballo desde Banes, con un parte del comandante del bergantín para el general de marina, en el que notificaba que, viéndose perseguidos por el bergantín insurgente se habían visto obligados, por su poco poder, á acoderarse, tanto él como la goleta, al amparo del fuerte de Banes, y sostenido ocho horas de combate; pero su situación era mala, pues cuando el enemigo se repusiese al día siguiente era probable un abordaje.

Los mercantes habían tomado distintos puertos de la costa.

Había á la sazón también en la Habana dos fragatas de guerra; una buena y de mucho andar que era la *Lealtad*, y otra mala y muy porrona, ó de poca marcha que era la llamada *Casilda*: la primera estaba desarbolada en la máquina, aunque en buen estado su casco, y la segunda no valía para el caso de que se trataba por su vejez y poco andar.

La celosa autoridad de marina no titu-

beó, y á las cinco de la mañana mandó llamar al comandante de la *Lealtad*, que era el capitán de navío D. Melitón Pérez del Camino.

—¿Cuanto tiempo, le preguntó el general, así que D. Melitón se presentó en su despacho, necesita usted para salir con su fragata á batir á ese bergantín pirata que está cañoneando al *Marte* y á la *Amalia*?

A poco que reflexionó aquel bravo marino, contestó:

—Si me dan todos los recursos que yo pida, veinticuatro horas.

—¿Qué recursos quiere usted?

—Gente y municiones de boca y guerra

—Pues los tiene usted. Los tiene usted todos concedidos. Desde este momento empieza el armamento, y mañana, domingo, se hace usted á la mar.

Y con la mitad de la tripulación de la *Lealtad* y otra mitad que se cogió de leva entre los buques mercantes, fué aparejado aquel barco.

El comandante del arsenal, la intendencia, todas las autoridades de mar y tierra y hasta el comercio, contribuyeron al armamento. Aguada, viveres y cuanto fué preciso en tan crítico trance, todo fué facilitado sin impedimento, lo mismo de día que á media noche.

Al siguiente día, domingo, á las siete de la mañana, salió por el morro de la Habana la *Lealtad*, llevando jarcas, recibiendo viveres y haciendo ejercicio de cañón la gente de leva.

Nadie había dormido en la noche última. Nadie sentía cansancio ni molestia alguna. Todos presentaban una victoria y se sentían inflamados por el fuego del amor pátrio que sienten los españoles cuando otra nación les ultraja su bandera.

A las nueve de la mañana almorzó la gente de mar, y media hora después los oficiales.

A las diez avisó el oficial de guardia que divisaba por la proa un bergantín de casco negro con mucho aparejo y con rumbo hacia Banes.

Cada oficial cogió su antejo y todos subieron á la toldilla.

El comandante llamó á un viejo marinero que llevaba como práctico y le oedó su antejo.

No hizo aquel rudo hombre de mar más que ponerse el instrumento ante su vista, y dijo:—El *Guerrero* es, mi comandante.

D. Melitón hizo seguidamente que se tocase zafarrancho de combate y se largase el resto del aparejo.

El bergantín pirata había visto á la fragata; pero creyendo fuese la *Castilla*, siguió su rumbo sin hacer caso, confiado que con sus once millas de andar, haría burla del español, pero después de una hora, la fragata estaba ya á tres millas del bergantín.

En efecto, á las doce del día no tenía escape el *Guerrero*. La *Lealtad* le tenía cogido el barlovento y le cerraba la mar. Había que entregarse ó batirse, y se resolvió por esto último, confiado en sus cañones y en su mucha gente para el abordaje.

La gente de los cañones se dispuso para el combate por ambas bandas, y el comandante avisó á la de estribor que estuviese lista para que al emparejar dirigiesen sus punterías á quitar plumas.

El insurgente amainó su velamen y esperó cargando la mayor y el triquete.

La distancia entre el pirata y nuestra fragata se fué estrechando hasta medio tiro, pero ésta seguía avanzando sin orzar ni arribar. El enemigo rompió el fuego y en el acto se oyó la extérrima voz del comandante español que gritó:

—Nadie haga fuego hasta que yo avise—y siguió avanzando, pero una bala enemiga que mató al sargento de la escolta de bandera, decidió la cuestión.

—Orza todo—gritó D. Melitón.

—Fuego por estribor—añadió al oficial primero que vió en cubierta.

Diez segundos de estupor pasaron y un estruendo horrendo de 18 cañonazos disparados á un tiempo resonó en el espacio, que se cubrió de humo; pero la brisa era fresca y pronto se despejó. Un viva España de la *Lealtad* hizo volver la cabeza á su comandante, que estaba ocupado en la maniobra de que su barco presentase el costado de babor. Entónces no pudo menos de exclamar:

—¡Bien por mis artilleros de marina; fuego por babor á desarbolarlo!

Y una segunda andanada volvió á sonar.

Al despejarse el humo, manifestó un magnífico y glorioso espectáculo para los españoles.

El enemigo había parado el fuego y estaba casi desarbolado. Su pabellón, que era mejicano había desaparecido, y la cubierta y su artillería estaban obstruidas por los palos y jarcas que le habían caído encima.

—Arria botes y embarca trozos de abordaje—ordenó D. Melitón.

Apenas cayeron al agua los botes, todos se cubrieron de gente, y como solo había ya entre los barcos enemigos la distancia de 20 brazas, hubo soldado de la guarnición de la *Lealtad* que se arrojó al agua llevando el sable entre los dientes porque los botes habían ya largado.

Turbada y acobardada la gente del *Guerrero*, ni aun resistencia pusieron al abordaje. Tales eran las peripecias que habían tenido lugar á bordo del buque insurgente. Explicaremos su crítica situación en el momento de ser abordado.

Una de las balas de la primera andanada de la fragata había cortado las drizas de bandera, cayendo al agua y desapareciendo la enseña pirática. Otra de las balas ó palanquetas cogiendo de perfil al capitán, lo había destrozado por medio del cuerpo, y su hijo, que era el segundo de abordó, anonadado, aturdido y fuera de sí, cogió á su padre, bajóle á la cámara y tendiéndole en el sofá no se cuidó ni de animar á su gente ni de dar órdenes para desembarazar la cubierta; y la tripulación, al ver muerta á su capitán y arriada la bandera, creyéndose rendidos, solo procuraron esconderse bajo cubierta para evitar peores males.

Por eso los españoles subieron al abordaje sin impedimento, luchando tan solo con unos cien hombres que quedaron en cubierta y que al ver el bergantín coronado de enemigos quisieron reponerse, pero inútilmente, porque los soldados y marineros de la *Lealtad* se arrojaron sobre ellos sable y cuchillo en mano, y no hubiese quedado uno con vida sin la llegada del segundo comandante de esta fragata, que, al saltar á bordo del *Guerrero*, vió que dos de los oficiales españoles que fueron los prime-

ros en abordar, mataron de dos pistoletazos á los dos primeros que trataron de acometerlos, al mismo tiempo que un grupo de marineros que abordaron el portalón, atacaban cuchillo en mano sin respetar á ningún enemigo.

—Basta, basta muchachos, que están rendidos—fué lo único que pudo gritar aquel jefe, y mandó que bajasen al corubos los que quedaron con vida, haciendo que se cerrasen las escotillas, y ántes de marinar el barco hizo subir un janetero al tope y que clavase ó amarrase la bandera española.

Nombróse seguidamente una guardia armada y una tripulación, y procedióse á tomar un remolque de la *Lealtad*, que media hora después navegaba con rumbo á la Habana, llevando por la popa al poco ántes soberbio bergantín *Guerrero*, que hacía un mes era el terror de los buques de comercio en el Archipiélago de nuestras Antillas.

Verdad es que habían abordado y saqueado varios buques de nuestros mercantes, pero no participaron del botín mucho tiempo; pues todo quedó á bordo donde baje inventarios se encargó de ello el Estado además de los 9 muertos y 46 heridos que les habían hecho las descargas y el abordaje de la fragata española.

No su baldo fué adquirido aquel triunfo, pues la noche tuvo que llorar la vida de dos de sus héroes y la sangre derramada por 17 heridos de la tripulación, á consecuencia de dos bajas entradas en la batería del combés cuyos astillazos causaron aquel daño.

¡Llor eterno á tanto valiente!

A la puesta del sol, entraba por el morro de la Habana la hermosa fragata *Lealtad*, llevando á remolque el bergantín enemigo.

Todas las músicas de la Habana tocaban marcha real, y un gentío inmenso que coronaban muelles, azoteas, balcones y broques del puerto vítoresaban y gritaban: ¡Viva España! ¡Viva la marina! ¡Vivan sus valientes jefes y oficiales! ¡Vivan sus artilleros y marineros!

Caro costó á los insurrectos la arrogancia de desafiar á nuestros bravos marineros que con tanto depuesto como pericia supieron vencerlos solo los españoles, y pudieron habilitar en veinticuatro horas un buque desaparejado en completo desarme.

LA CUESTION DE ORIENTE.

Nada se sabe en definitiva de supuesto combate entre turcos y rumeliotas, se cree no se hallan roto las hostilidades todavía. Continúan los armamentos en grande escala en todos aquellos pequeños reinos.

El *Standard* publica un telegrama de Berlin, en el cual se asegura que las grandes potencias están perfectamente de acuerdo en aconsejar á la Puerta que reconozca la unión de Bulgaria y Rumelia bajo la soberanía del sultan.

Telegrafian de Atenas que siguen los armamentos y la movilización.

Se cree que la Conferencia de Constantinopla fracasará.